

**Comiendo con Pamela Romano. Notas sobre el escribir-comer en *Lengua geográfica***

Mariana Inés Lardone

*Lo que queda de un libro no son frases, ni citas, ni siquiera palabras,  
sino un gusto en la boca*  
Severo Sarduy, Antología

**Aperitivo**

En *La curiosidad barroca*, José Lezama Lima propone y explora la imagen del banquete como una imagen propia del barroco latinoamericano. En torno a la mesa de esa tradición, sienta a poéticas regidas por el afán dionisiaco de incorporar el mundo exterior y sensible —y sensorial— a la escritura y, mediante la escritura, al propio cuerpo. El mundo material, ajeno al de cuerpo del escritor y que incorpora, bocado a bocado, gracias a la potencia transformadora de la palabra poética. Sor Juana, Leopoldo Lugones, Cintio Vitier, Lope de Vega, Góngora, entre algunos más, son los nombres que integran la constelación sibarita delineada por Lezama y a la que podríamos sumar, más de medio siglo después, varios comensales. En esta ocasión, me gustaría agregar una silla a la mesa y sentar allí a Pamela Romano, poeta de La Paz.

Particularmente, me interesa centrar mi atención en su primer libro de poemas: *Lengua geográfica*, del 2009, donde Pamela incorpora a la comida como un ingrediente más de su escritura. Esta incorporación no deja de establecer cierta diferencia con la escritura del comer del resto de los comensales, es cierto —principalmente, el banquete no está lleno de manjares sino más bien de alimentos putrefactos—. Pero qué sería, después de todo, una mesa de barroco(s) sin la tensión:

que en eso que supuestamente dicen promueven el dictado se toman  
copiosamente la cerveza y no sé qué otras cosas  
de esos alimentos en proceso infinito de putrefacción que se sigue conservando (Romano  
15)

Con un ávido incorporar comiendo, y con la panza llena, se cocina la escritura en el papel y desde el cuerpo: “eructo al sudoeste” (Romano 11) es el poema apertural de *Lengua geográfica*, debajo del cual aparece una nota al pie cuyas palabras orientan, subterráneamente, cada una de las palabras del resto de los poemas:

Todas las incontables cucharillas que la boca ha babeado en el atragantamiento en el deber de la lengua —por las trazas— (...) pienso en ese camino opaco que mira al sudoeste y que no es precisamente una salida y los pasos ya memorizados de una hormiga en la bella maniobra de llevar el alimento en la espalda y desaparecer por siempre: el robo acrobáticamente de lo que se come que acaso puede ser equiparable a lo que se habla hacia adentro como hacia afuera —el gran eructo del decir (Romano 10).

Abre el libro —y en la parte de debajo de la página-, la revelación de su sustrato, de aquello que aflora obsesivamente en la superficie de los poemas y que ordena sus imágenes: la imbricación entre escribir y comer como una forma de habitar y de tocar el mundo por fuera de la Lengua.

Porque la Lengua, fuera de la cual está la muerte —“parecería que la muerte asoma su melena de muchachita afásica —la ad miro” (Romano 22)”, es un medio de “pasos ya memorizados”, un deber ineludible que se carga como una hormiga sobre la espalda —y que hace desaparecer-, pero cuya pulsión totalizadora se puede burlar para encontrar un hueco por donde tocar al mundo comiendo-escribiendo. Mejor dicho, eructando.

Leyendo los dos ejemplos que aparecieron hasta este momento, es evidente que los poemas escenifican repetitivamente la imbricación entre el comer y el hablar. Pero, simultáneamente, el instante fugaz de la nota al pie de “eructo al sudoeste” revela que ese es también el procedimiento de escritura puesto en marcha por Pamela Romano. Una escritura que expone por un momento su esqueleto, el escribir-comer como un proceso de apropiarse de la Lengua y no ser aplastado por su peso en el intento, para velarlo de nuevo durante el resto del libro. Como es su sustrato, siempre está latente y, por lo tanto, subyace a las palabras e imágenes de los poemas y las ordena

(...) sin que en ningún momento éstos aparezcan en la tela más que como una reminiscencia formal que orienta los volúmenes, acentúa o apaga los colores según los círculos de la cristalería, divide o superpone las frutas(...) (Sarduy 2011 25).

Incluso, la fuerza de ese sustrato invade el espacio de la contratapa, donde se aclara que “La autora pareciera darnos a entender que el poemario es la alucinación que produce el estómago vacío” (Quiroga contratapa), porque la acción del escribir-comer aparece como una forma de pasar ese “atragantamiento” que el cuerpo siente como si tuviera hambre:

los lápices los cuadernos las letras espesadas/ simple metáfora

casi trivial

para escribir o traducir una sed

porque vemos otra vez –los ecos aquí  
se repiten distorsionados- a ese perro sólo que ahora cojo  
alucinando (la alucinación que produce el estómago vacío

[con vagar libre por las calles ( Romano 18)

La escritura poética prolifera para suplir un vacío, vacío producido por la dificultad de incorporar las palabras de la Lengua. Porque, recordemos, el banquete que presentifican los poemas de *Lengua geográfica* no es un escribir-comer de manjares celestiales fluido y placentero —y he aquí la originalidad de Pamela— sino uno donde las palabras se atragantan. Uno de los versos lo aclara, en ese tragar se produce una alteración en la relación del yo con su cuerpo y con el mundo, con lo tangible: “(-*esto no es físico (geográfico) es tísico*- dijo alguien)” (Romano 46).

Y como esa alteración atraviesa no sólo el cuerpo escenificado sino también el cuerpo de carne y hueso que traza la escritura, irrumpe nombrada con cierta aura de enfermedad entre las primeras páginas del libro. “glositis migratoria” (Romano 12) es el nombre que recibe. En él, Pamela recurre a la condensación, un artificio propio de la escritura barroca donde “insistiendo en sus analogías, el autor crea una tensión entre dos significantes de cuya condensación surge un tercer significado” (Sarduy 2011 15), para hacer emerger a la superficie de su poesía este particular vínculo con la palabra y desde allí mismo crear. Si lo que te enferma te cura, para suavizar la glositis migratoria la escritora escribe desde la glositis migratoria. O, mejor dicho, desde lo que queda una vez advertida la presencia de la glositis:

para qué estamos —me pregunto— considerándonos  
civilizados o simplemente algo coherentes: almorzamos

y caminamos de la mano luego para hacer digestión —asumir  
con gran alarde el compromiso mutuo / a renglón seguido  
caligrafía eximia/ miramiento serio (Romano 24)

### **Plato principal**

Hagamos una pausa, profundicemos un poco más, como Pamela, en el vacío. En primer lugar, salta a mis ojos el “itis” de glositis, que pareciera señalar la presencia de una afección. Y no de una afección cualquiera, sino de una que altera a la lengua. A la naturaleza de esa afección la revela la segunda palabra de la dupla, migratoria, que indica que lo que origina la afección en la lengua es una distancia, un desplazamiento de

un lugar a otro. Después de varias lecturas de los poemas, intuyo que los significados superpuestos en esta condensación creada por Pamela Romano son los dos significados presentes en el significante (L)lengua, y que podemos des-glosar, adentrándonos en su receta, de la siguiente manera: el significado abstracto y con mayúscula, por un lado — el conjunto de palabras que conforman un lenguaje— y, simultáneamente, el material, corporal, individual —el órgano que habita boca y que se pone en marcha para hablar y para comer—. Inmediatamente después de estos dos sentidos que la palabra glositis convoca, se lee el tercero, migratoria, que revela que la naturaleza de esa superposición es, en realidad, una distancia abierta por el desplazamiento de un lugar a otro de la lengua. Des-glosando glositis migratoria, me atrevo a decir que en *Lengua Geográfica* la poeta explora y recorre, como si fuera un territorio, esa brecha que se abre entre el lugar abstracto y el tangible de la (L)lengua cada vez que utiliza el lenguaje. Porque hay “un vacío dentro del orden material de las cosas, una condición física sin ninguna posibilidad en el mundo excepto en el dominio de la palabra, que conduce a su vez a un significado que escapa a la palabra misma” (Masiello 17), para tocar la materia del mundo y de su propio cuerpo, tiene que transformar la Lengua en lengua, lo extranjero en propio. Distancia acorta escribiendo-comiendo.

Lejos quedó la época en la que se pensaba que la palabra se corresponde con el mundo. Se acuerda, por el contrario, en que hay en la palabra un vacío producido por la tensión entre la materia y el lenguaje, una ausencia de lo nombrado, del cuerpo de quien habla en lo hablado y quien escribe en lo escrito. Creo que la autora percibe esa pequeña muerte que ronda la escritura: “Y la asfixia (pensé luego) quizás sea un gran protocolo lingüístico —extendiéndolo” (Romano 33). Porque la palabra produce un espaciamiento (Derrida 1994) con respecto a su referente, con respecto a aquello tangible que, nuevamente, sólo se puede tocar en tanto también está atravesado por la Lengua.

Ésa es la distancia que enferma a Pamela Romano de glositis migratoria, la que aleja su cuerpo de las palabras de la Lengua que, a pesar de ser ajena y exterior, de relegarla detrás de las cortinas, la nombra y la hace existir. Y que también le impide tocar el mundo por fuera de ella. ¿Pueden el cuerpo y la Lengua, la ciudad y la Lengua, siempre heterogéneas entre sí, tocarse? En otras palabras, esas dos dimensiones que están simultáneamente presentes pero alejadas, irremediablemente, cada vez que hablamos, ¿se tocan en algún punto?

“Habrá algo por decirse todavía” (Romano 21) dicen los poemas, resistiendo frente a la atmósfera asfixiante que ellos mismos crean, y emerge una escritura que

tantea buscando el lugar en el que se pongan en marcha los engranajes de un tocar dirigido a los límites de la Lengua:

ante tanto espanto necesariamente anafórico (*aracnofóbico*)  
cuelgan —intuyo— además telarañas / habrá algo por decirse todavía  
siendo que la escritura o esa tela nos ha dejado relegados detrás de las  
cortinas  
(tejedoras que se desconocen) y que eventualmente abrimos para saber de  
la ciudad (Romano 21)

Es decir, que tantea explorando el límite, las áreas ex-céntricas, marginales de esas dimensiones de la Lengua que en su fuga confluyan con las ex-céntricas y marginales del cuerpo. Y en ese confluir lo abstracto roza el cuerpo y se vuelve parte material de él: Pamela se come las palabras de la Lengua mediante su escritura y así se apropia de ellas.

Es evidente, a esta altura, que el roce entre el cuerpo y palabras acontece —digna escritura del comer— en la boca, donde la Lengua es también la lengua y los límites entre el lenguaje y lo sensible, lo escrito y lo corporal, se tocan, se superponen y se diluyen. La boca, abertura delimitada de donde nace la escritura de *Lengua geográfica*, se espacia para incorporar lo ajeno, las palabras de la Lengua para territorializarlas en su cuerpo con la lengua. En ese sentido, en la boca acontece, gracias a la potencia de la escritura-comer, un roce transgresor, donde: “Tocar quiere decir aquí modificar, cambiar, desplazar, poner en cuestión, pero se trata siempre de una puesta en movimiento, de una experiencia cinética” (Derrida 2011 50). Porque “son los dedos los únicos que nos pertenecen” (Romano 11), el tocar vuelve a la Lengua ajena lengua puramente propia.

En la boca nace el escribir-comer y por lo tanto el movimiento del in-corporar, in-corporalizar, la Lengua. No sólo que nace en la boca, sino que incluso todavía el papel está lleno de baba, porque haciendo eco de la suspensión de los límites que su tocar tan particular acarrea, lo que acontece en la hoja transmuta al cuerpo y viceversa. Si se suspenden los límites entre materia y lenguaje, también se suspenden los límites entre cuerpo y escritura: “de cualquier manera hay algo que rompe las esquinas: entiende / las de este habitáculo como las de esa hoja” (Romano 55). La baba transforma a la escritura en un fluido más, al libro en un eructo:

La baba es la llave —esa— la baba del nombre cerrado: acaso (si hay suerte)  
detrás aparezca el abandono de la boca *es decir* es el cerco de lo usado que se  
abre (Romano 11)

Sin embargo, la escritura de Pamela no escapa de la glositis sino que simplemente, una vez advertida su presencia, aprende a vivir con ella a partir del esfuerzo de habitar la separación entre la Lengua y la lengua. Esfuerzos de mover la lapicera por el territorio de la hoja que se asemeja al de escarbar el plato de comida:“(recordemos) los esfuerzos de una cucharilla al enfrentarse con los grumos de leche” (Romano 17). Y no desde afuera, no, sino desde lo más profundo de la grieta, haciendo uso de la escritura para transformar el vacío y acercar su cuerpo a la Lengua y sus dedos al mundo. Como dice Lezama, las escrituras del banquete barroco están “regidas por el afán, tan dionisiaco como dialéctico, de incorporar el mundo, de hacer suyo el mundo exterior, a través del horno transmutativo de la asimilación” (Lezama ¿). Horno transmutativo en el que Pamela Romano transformó a su escritura potenciando el poder performativo (Derrida 1994) de la palabra escrita y así curar lo que afecta su cuerpo.

## Postre

A esta altura me resulta imposible pensar en la escritura como una mera vía de representación de ideas que quieren ser comunicadas. Me inclino a pensarla, más bien, como un movimiento, una fuerza que “(...) no describe algo que exista fuera del lenguaje. Produce o transforma una situación, opera (...)” (Derrida 1994 362). Es por eso que estoy convencida de que los poemas de *Lengua geográfica* no se limitan a comunicar la existencia de un desplazamiento producido por la Lengua en la relación de los cuerpos con el mundo, sino que nombran ese vacío para poder habitarlo y desde allí acortarlo con la escritura-comer.

Me gusta pensar que *Lengua geográfica* no sólo es un libro de poemas —ningún libro de poemas es solamente un libro de poemas— sino un proceso de cura de esa glositis migratoria a partir de la potenciación del poder transmutador de la escritura. El atragantamiento se transforma en palabra en la escritura que parte del mismo atragantamiento, una y otra vez, cíclicamente, cada vez que se habla:

Después de los calambres

(..)

Detenerse así

Imitando el gesto del animal que se frota complacido cuando

[está hambriento

En la manera en que se examina ciertas velocidades del mundo

[-palabras

Y desacalambrarse es la quietud de beber algo que nunca pasa

Que no se bebe

Más bien se masca: (Romano 17)

Ese escribir-comer mascando para desacalambrarse genera, una vez realizado el proceso de ingerir, digerir y eructar, restos. Y es precisamente ahí, en las palabras-restos-migas donde la escritora encuentra la clave de la cura de la glositis migratoria:

incontables migajas en la figura de lo borroneado

palabras caídas de la página (Romano 19)

Caídos de la página, esos restos escapan de la pulsión totalizadora y colonizadora de la Lengua y, por eso, están más cerca del límite donde lo abstracto y lo tangible se tocan: más cerca de la lengua y de los dedos.

Son esos restos, los fronterizos, los marginales, los que la escritora incorpora para transformar su subjetividad. Ya no desde la Lengua sino desde la lengua, Pamela Romano materializa en su cuerpo palabras para transformarlo en un collage heterogéneo –barroco- y por lo tanto propio. Tocando los márgenes de la Lengua a través de sus poemas, recogiendo las migas con su lengua, es lo que escapa a la pulsión totalizadora del lenguaje y se acerca a la materialidad del mundo lo que conforma a partir de ahora su cuerpo. Un cuerpo ya no colonizado sino emergido una vez recorrida y masticada la distancia entre Lengua y lengua. Un cuerpo emancipado de las palabras extranjeras que hizo carne las propias. Y que, igual que la ciclicidad del comer, está en constante proceso de transformación y, por lo tanto, escapa del cierre y del atrapamiento en la tela de la Lengua.

## **Café**

El sustrato de esta lectura de *Lengua geográfica* está conformado por mi encuentro con Pamela, en agosto del 2013. En especial, por una imagen de una lectura de poesía a la que fuimos: su cuerpo en una silla, leyendo poemas en la oscuridad, con un vaso de cerveza en una mano y una porción de pizza en la otra. Encuentro fugaz y pequeño pero no por eso poco significativo, es esa imagen la que orienta mi lectura y que se materializa nuevamente a través de mi escritura, mi propio leer-comiendo como forma de acortar la distancia que me separa a mí misma de la Lengua.

## **Bibliografía**

Derrida, Jacques. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 1994.

*El tocar, Jean-Luc Nancy.* Madrid: Amorrortu, 2011.

Lezama Lima, José. *La curiosidad barroca.*

Masiello, Francine. *El cuerpo de la voz (poesía, ética y cultura).* Rosario: Beatriz Viterbo, 2013.

Romano, Pamela. *Lengua geográfica.* La Paz: Plural, 2009.

Quiroga, Juan Carlos. Contratapa de *Lengua geográfica.* La Paz: Plural, 2009.

Sarduy, Severo. *Antología.* D.F.: Fondo de cultura económica, 2000.

*El barroco y el naobarroco.* Buenos Aires: El cuenco de plata, 2011.